



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 14109

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 150 ptas.—Tres meses, 450 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

SABADO 5 DE DICIEMBRE DE 1908

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponde en París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 31, Faubourg-Montmartre.

Barómetros del Labrador

En las casas de campo, la mayor parte de las cosas se convierten en barómetros.

Entre las aves de corral y de palomar, las palomas son los mejores indicadores del tiempo. Cuando se colocan en el alero del tejado mirando hacia levante, es segura la lluvia al día siguiente, si no empieza. Si entran tarde en el palomar después de haberse alejado mucho de él, es señal de buen tiempo. Si picotean por los contornos de la casa y regresan pronto al palomar, indicio es de lluvia inmediata.

No menos ciertos son los pronósticos de las gallinas. Cuando se revuelcan en el polvo y se encrespan sus plumas anuncia próxima tempestad, é igual profecía puede hacerse si las ocas se zambullen á menudo en el agua, baten las alas y se persiguen alegremente unas á otras en los estanques ó lagos.

Si en un día espléndido se observa que las vacas lamen las paredes del establo, de seguro que lloverá al día siguiente, porque aquellos animales lamen el salitre que la humedad de la atmósfera disuelve en las paredes.

También revelan lluvia las abejas que vuelven á la colmena con poco bolín antes de ponerse el sol y los cuervos cuando madrugan y graznan más de lo usual. Por lo contrario, cuando las cotorras se desvelan pronto y charlan mucho, revelan buen tiempo por la tarde.

Cuando las golondrinas vuelan rozando la tierra, no está lejana la tempestad, mas si vuelan alto perdiéndose de vista en medio de las nubes pueden estar seguros de no mojarse. Ruiseñor que canta claro de noche, indica buen tiempo durante el día; y al revés si las ranas organizan sus conciertos nocturnos, y cantan y revolotean las lechuzas.

No sólo marcan cambio de tiempo las aves y otros animales. Si la hoja de la flor permanece seca por la mañana, es buena señal; mas si toma humedad y color azulado y rosa, pronto lloverá, é igual indicación denota si se agrieta la piel de los arneros y si pesan de lo ordinario los haces de hiervas, trigo ó avena.

El leñador que consulta su destreza, como el segador consulta su hoz; limpio y luciente, el metal, indica buen tiempo; más si se empaña y el mango se escurre de la mano, es señal de lluvia.

En el otoño, señalan la escarcha, lluvia y rocío, buen tiempo.

La luna es excelente barómetro; con cerco pálido y amarillento, señala lluvia; cuando es rojizo, viento, y si brilla pura y clara, indica buen tiempo.

MAURICIO.

Para EL ECO DE CARTAGENA

CUENTO DEL SABADO

UNA BUENA ACCION

I

Al pie de la ventana casi cubierta de claveles y rosales, peritaneaba más de dos horas Pepé el Extravíos; cuando asomó su linda cara, Consuelo, una moza de trapío, cuyos encantos tenía trastornada la cabeza á más de cuatro galanes, que tan sólo por una de sus miradas hubiesen entregado gustosos la existencia.

Pepé, en cuanto oyó crugir las maderas, perillóse, y tirándose la gorra atrás dijo con un gracejo peculiar: —¡Válgame Dios, Consuelillo, men-

tira parece que tú le bagas sufrir tanto á quien no puede vivir sin verte! Si tardas un poco más, no sé lo que hubiera hecho.

—Lo que yo te digo—respondió Consuelo—es que me tienes ya muy harta; que no sé como decirte las cosas, pero esta es la última vez; vete y no vuelvas más sinó quieres que todo el barrio te moteje de sinvergüenza.

—¡Qué no vuelva yo más! ¡Qué me van á motejar de sinvergüenza! ¿Por qué? ¿Porque quiero á una mujer porque le quiero á tí que vales un imperio y por eso te desanchas como una reina? Tú estás loca con decir lo que dices; y mira, no lo repitas, porque las palabras me han puzado en las entrañas; no lo repitas porque noto aquí en el rostro un calor muy grande. Consuelo hora es ya de que me expliques tu mal proceder, ¿por qué no me quieres? No tengas inconveniente en poner en tus labios lo que sienta tu alma, pero pronto, pues de tus palabras depende mi suerte, mi dicha entera.

—Yo no tengo que darte explicaciones, Pepe—dijo Consuelo en actitud de cerrar la ventana—adiós.

—Espera un momento, mujer—gritó el Extravíos con mezcla de desesperación y de angustia—No me ¡quieres porque soy pobre ¿verdad?

—Tú lo has dicho—respondió la joven algo turbada.

—Y si yo me fuese á correr el mundo en busca de trabajo y ganara mucho dinero ¿me querías?

—Entonces ya hablaríamos.

—¿Me prometes Consuelillo permanecer soltera hasta que yo vuelva?

—Te lo prometo.

Pepé dió media vuelta, echóse á un lado la gorra, y con decisión encaminóse calle abajo. Algunos minutos después había desaparecido.

Consuelo al verle marchar no pudo reprimir una carcajada burlona, sangrienta, que de haber llegado á los oídos del Extravíos le hubiese puesto en tensión todos los nervios dejándole más helado que un cadáver.

II

El sitio que tan precipitadamente abandonó Pepe el Extravíos, fué ocupado á los cinco minutos por otro hombre.

Volvieron á crugir las maderas de la ventana, y segunda vez surgió entre los claveles y rosales, el hermoso busto de Consuelo.

—¿Eres tú, Enrique?—preguntó la joven.

—Sí; yo soy—creí que el mocito no iba á ahuecar en toda la noche.

—Pobrecillo, me inspira compasión sufre mucho, me quiere de verdad.

—Bueno, dejáte de contemplaciones ¿volverá á importunarte?

—Yo creí que no; va decidido á emprender una extraordinaria aventura.

—Ojalá que se quede en ella, porque así no me veré yo obligada á quitarlo de en medio. Consuelo está situación es insostenible. Tu hermosura despierta la admiración por todas partes y los pretendientes á tu mano son innumerables. Unos tienen el atrevimiento de declararse; otros esperan silenciosamente la ocasión propicia. Tú has de ser mía ó de nadie ¿no es cierto?

—Sí, Enrique, es cierto; tuyo ó de nadie, ya te lo he repetido muchas veces.

—Es que yo á pesar de tener la convicción de que eres muy honrada—se apresuró á decir Enrique—no vivo tranquilo; los celos me torturan horriblemente, y la causa es bien sencilla. Hoy ha sido el Extravíos, mañana será Pedro y pasado mañana Juan.

Estoy decidido á que esa serie de tipos, no pisen más esta calle ni se acerquen á esta ventana; yo tampoco quiero acercarme.

—¿Qué es lo que dices?—exclamó Consuelo con extrañeza.

—Lo que digo es que si tú me quieres de verdad vas á demostrarlo.

—¿Cómo?—preguntó la joven anhelante.

—Abandonando ahora mismo esa ventana que aquí te espero yo—dijo Enrique imperturbable.

Consuelo no respondió; pero experimentó tal desfallecimiento, que tuvo necesidad de apoyarse en los hierros de la reja para no caer al suelo; notó que la vista se le nublaba y que el corazón le palpitaba con fuerza.

De aquella situación angustiosa vino á sacarla la voz de Enrique que demandaba imperante:

—¿Te decides?

La contestación á esta pregunta fué que la ventana se cerró sigilosamente.

Algunos minutos después, Consuelo y Enrique caminaban silenciosos envueltos por las sombras de la noche.

III

Pasaron dos años. Una tarde, junto á la ventana de Consuelo, paróse un joven de finos modales y vestido con elegancia. Era Pepe el Extravíos, que como en otra ocasión memorable, esperó largo rato á que se abrieran las maderas y apareciese la linda cara de la mujer que había sido la causa de que él conquistase dinero y posición.

Pepe venía lleno de ilusiones; lleno de esperanzas; Consuelo habría cumplido su palabra, ¡qué felices que iban á ser! ¡Pero cuánto tardaba!

Ya empezaba el muchacho á impacientarse, cuando oyó el ruido de las maderas. El corazón palpitó con fuerza. Pasado un momento no pudo dar crédito á lo que sus ojos veían. No era Consuelo la mujer que se asomaba; era una venerable viejecita, que con curiosidad manifiesta, clavaba en él los ojillos escrutadores.

Pepe sospechó algo trágico, y trémulo de ansiedad habló con voz imperceptible:

—Diga V. buena mujer, no vive aquí una joven llamada Consuelo?

—No, aquí no vive, pero yo soy su madre ¿qué es lo que V. deseaba?

—Pues nada; únicamente, saber que ha sido de ella.

—Lo que ha sido de ella, es muy triste,—dijo la vieja sollozando.

Aquellas palabras parecían la confirmación de la sospecha de Pepe. Este preguntó:

—Tal vez ha muerto?

—No, pero es muy desgraciada.

—Cuenta, cuenta V.—dijo Pepe en actitud de no perder ni el más pequeño detalle del relato.

La viejecita se enjugó las abundantes lágrimas que enturbiaban sus ojos y habló de esta manera:

—No es una historia larga lo que yo voy á contar á V. Todo está dicho en cuatro palabras. Es lo de siempre; una mujer que se va con el novio, que para cubrir su deshonra se casa...

Pepe al oír esto sintió un martillazo en las sienes; un vacío en el alma, la sangre le apretó la garganta, y sin poder disimular la impresión recibida exclamó:

—¿Es que Consuelo se ha ido con el novio? ¿Es que Consuelo se ha casado?

A estas palabras sucedió el silencio; el joven selló sus labios arrepentido de aquella espontaneidad que había puesto en descubierto su pasión; pero en su fuero interno, una voz repetía: ¡Mujer perjura! ¡Mujer ingrata! La vieja sin reparar en la excitación de Pepe, continuó:

—Sí, mi hija se casó; al poco tiempo su marido la maltrató brutalmente; más tarde la dejó abandonada con un hijo; la pobre pasa muchas penas; es víctima de la miseria; yo no puedo darle nada porque carezco de todo. Si usted la viera, no es ella ni su sombra...

—¡Basta! ¡Basta! no quiero saber más.—Y diciendo esto, Pepe sacó una cartera que dejó en las manos de la vieja.

Esta comprendiendo la importancia de la dádiva, balbuceó suplicante:

—Caballero, dígame su nombre para que mi hija y yo podamos alabarlos eternamente.

—No, no es necesario que sepan mi nombre. Si Consuelo le pregunta á V. que de quien es ese dinero, dígame! de un hombre que se ha dejado el corazón destrozado al pié de tu ventana.

Y el Extravíos echó á andar con la

actitud resuelta de siempre. En aquel momento una muchachuela hija del arroyo, cantaba con voz dulce y armoniosa:

El que con buenas acciones las ingratitudes paga, va dejando buena sombra por donde quiera que pasa.

Francisco Sastre Moreno

La "Gaceta"

La «Gaceta» de hoy contiene lo siguiente de interés general:

Proyectos de tarifas presentados por la compañía de ferrocarriles.

El estado de la recaudación del Tesoro en el pasado mes de Noviembre, que suma 111.434.850 psetas, habiendo disminuido 1.324.228 respecto á igual mes del año anterior.

En los once primeros meses del año ha disminuído la recaudación psetas 4.588.020.

Anunciando la vacante del título de marqués de Villaverde.

El año próximo

CALENDARIO

Enero.—Año nuevo viernes; Reyes, miércoles; y cinco domingos, que son el 3, 10, 17, 24 y 31.—Total, 7 fiestas.

Febrero.—Candelaria, martes; Carnaval, 21, 22 y 23; y otros tres domingos, 7, 14 y 28.—Total, 7 fiestas en 28 días.

Marzo.—San José, en viernes; la anunciación en jueves; domingos, el 7, 14, 21 y 28.—Son 6 fiestas.

Abril.—Jueves y Viernes Santos, el 8 y el 9; Pascua el 11 y el 12; y domingos, 4, 11, 18 y 25.—Total de fiestas 8.

Mayo.—La Ascensión, el 20; pascua de Pentecostés en 30 y 31; y domingos, el 2, 9, 16 y 23. Fiestas 7.

Julio.—Con sus 31 días no tiene más que cuatro fiestas (menos que Octubre, que es el mes «pequeño», los domingos 4, 11, 18 y 25. Han de pasar varios años para cuando vuelva á ocurrir esto.

Agosto.—También la Virgen como Santiago, «cae» en domingo, y nos quedamos con cinco fiestas, el 1, 8, 15, 22 y 29.

TZ FRIMOD'EV T

pasados unos veinte minutos, Fritz que estaba atento para oír el carruaje cuando se aproximara, les dijo:

—Ya está ahí el carruaje.

Los otros dos escucharon, y no oyeron después de algunos, sino las rodadas lejanas de un coche y fuertes chaquetillos del látigo.

—No es, dijo Haan; es una silla de postas que pasa por la carretera.

Pero conforme se aproximaba, Fritz se acordó.

Por fin el coche desembocó en la calle. Los latigazos resonaban como cohetes en la plaza de las Acacias, y se oían, al mismo tiempo, el pisar de los caballos y el retumbar del pie.

Entonces se asomaron á la ventana y vieron aproximarse á trate largo la berlina que había alquilado Fritz, conducida por el buen peatillón Zimmer, ataviado, peluca empolvada y grandes botas que le subían por encima de la rodilla. El peatillón miraba arriba y chascaba el látigo con toda sus fuerzas.

—¡Andando! dijo Kobus,

Se caló el sombrero, mientras que los otros dos se miraban aturridos. No padían convencidos de que lo berlina era para ellos, y después de parecer á la puerta, Haan lanzó una carcajada y exclamó:

224 Hoja del EL CODE CARTAGENA 221

—El trad, señoras, entrab; replicó sonriendo la da.

A travésaron la antecala y quedaron estofecotó a abrir la puerta de la sala. Fritz estaba en ella delante de un espejo, vestido como un figurín.

Se le maraba la cintura redondeaba en el frac azul celeste; la pierna la extendía para observar la caída del pantalón avellana, y tenía la cara sonrosada, fresca, reluciente, las orejas encarnadas, el pelo peinado hasta la nuca, y los guantes en el de manteca de Flándra, bien aborrotados bajet á las de encajes que formaban los puños de la camisa. En fin, era un verdadero Cupido lanzando sus dardos.

—¡Hola, hola! exclamó Haan. ¡Hola, hola, Kobus... Kobus!

Y ahueca cada vez más la voz como admira do.

Schultz emudeció; estiraba el pescuezo apoyado en su bastoncillo, y por fin dijo:

—No ha conseguido, Fritz, tú quieres hacernos pasar por tus criados... No puede consentir esto... me opongo.

Entonces volviéndose Fritz con los ojos llenos de ternura, porque pensaba en la preciosa Suel, preguntó:

—¿Cómo me encontráreis?